



*Muñeca y capote a
la hora de gobernar*

Lo malo y lo feo de Alberto Fujimori es que ha creado un estilo de gobernar en el Perú. Sin darnos mucha cuenta lo hemos ido aceptando como algo inevitable, como si ya formara parte de nuestra idiosincrasia y destino. En gran medida lo adoptó Luis Castañeda en la alcaldía de Lima: hablar poco, no propiciar transparencia, jugar con el suspenso, construir harta obra y no dar explicaciones. Después, insólitamente, lo ha hecho suyo Ollanta Humala, que de ser un nacionalista ha pasado a convertirse en un tipo listo. No estamos seguros si aquello es un defecto o una virtud. Me temo que para la gran mayoría de peruanos sí es una virtud porque un tipo listo es alguien que tiene calle, mente rápida, gran poder de adaptación y se caracteriza por solucionar los problemas que se le presentan sin tanta ideología o labia, sino de manera práctica.

Las víctimas de esta manera de actuar son, como resulta casi siempre, la gente de izquierda que participó durante su campaña, incluso aquellos que se remontan a las elecciones del 2006. Es difícil decir que se trata de la izquierda como un colectivo. Son solo un puñado de intelectuales, de técnicos, de profesores que han contribuido generosamente en la elaboración del Plan de Gobierno, llamado el de la Gran Transformación, convertido luego en una simple Hoja de Ruta, un sendero negociado, asfaltado, mimetizado en el sentido común de las políticas neoliberales. Este puñado de personas se reúne en el colectivo Ciudadanos para el Cambio, pero lo hace como amigos. Y no puede ser de otro modo porque pertenecen a una generación de salida que debe, irremediabilmente, crear lazos y vínculos con las nuevas generaciones. De otro modo permanecerán en el ostracismo.

¿Cuánto ha traicionado Humala? ¿Ha dejado de ser quien era? ¿Es un síndrome que se presenta a todos los políticos cuando llegan al poder? Los intelectuales de la izquierda están furiosos con él, pero deben aceptar que han perdido en la lucha por llevar adelante sus propuestas. ¿Quién ha ganado? ¿El gran capital? Quizá Ollanta Humala ha hecho suya la convicción de Alan García durante su segundo gobierno,

cuando dijo que es más fácil gobernar con los ricos que contra ellos. De ser así, se trataría de un gobierno de los ricos con una fachada popular, en alguno de sus sentidos.

Quienes no han cambiado en el Perú son justamente los ricos. A veces son de una tacañería impresionante. Desde la época de los “doce apóstoles”, durante el primer gobierno de Alan García, hasta la fecha, no se mojan lo suficiente por nuestra patria. Todavía son vistos y entendidos como unos cuantos, unos pocos, unos privilegiados. Los ricos sienten que le han ganado el pulso a Ollanta Humala y que el antiguo lobo feroz ya no da miedo. Sin duda, Humala debe haber sentido toda la presión del gran capital económico, mediático y religioso como si fuese un vendaval. Esa derecha fundamentalista está fortalecida en los medios de comunicación y ejerce su agenda y prioridades. Y, además, divulga a través de medios televisivos y radiales su visión de la política, según la cual la única institución con voz moral para resolver los conflictos sería la Iglesia. O sea que Humala ha debido cuadrarse a la usanza de los militares ante la autoridad. Con los que están encima. Con quienes mandan. Veremos si a cambio de eso les saca un sencillo del bolsillo para los grandes temas de la inclusión, para resolver las desigualdades abismales, reducir la brecha de la pobreza, el racismo y propiciar una mejor distribución de la riqueza.

Ollanta Humala se siente cómodo en el silencio, tal como se sentían Alberto Fujimori y Luis Castañeda. En boca cerrada no entran moscas. No hay desgaste. Humala sabe que tiene techo y que puede ser presidenciable de aquí a un tiempo. Que su esposa Nadine también es presidenciable. Y si Alan García se alucina un Messi de la política local al pretender un tercer período, todos los políticos en actividad consideran que cinco años resultan muy poco y que deben repetir el plato: Keiko, por ejemplo, también sopesa esa posibilidad en casa, o en la habitación de su padre, sea aquí o en los Estados Unidos. Incluso un escenario de horror podría ser una segunda vuelta en el 2016 entre Alan y Keiko, bajo la bendición de Juan Luis Cipriani. Así de simple y de trágico es nuestro país, o la política que se le aplica.

¿Qué debe hacer Ollanta Humala? Debe durar, no debe quemarse, debe proyectarse, debe colocar las primeras piedras de una importante transformación sin caer en precipicios, en trampas, en cantos de sirena, porque allí sí que no pasa de los cinco años reglamentarios. ¿La gente de izquierda puede contribuir a que esa franja política compita con la otra —el fujimorismo, el aprismo y la derecha dura— sin ponerle trabas en el camino todo el tiempo? Pensamos que sí. Tampoco ellos son muy jóvenes (la gran mayoría tiene en promedio 60-70 años) y quienes deberían mirar el mediano plazo, más bien, deben ponerse las pilas. La PUCP, el recinto de los llamados “caviars” por la derecha fundamentalista, o sea fujimorista, se encuentra en la mira. Esta trata de que no sea una cantera de librepensadores, de ciudadanos críticos y comprometidos con el destino del Perú. No gusta, en general, que sea un lugar de ideas diversas. El pensamiento, a veces, asusta. Las personas que piensan tienden a ser autónomas. Las posiciones más retrógradas le tienen recelo al pensamiento, a los libros, a ciertos temas propios de las costumbres. Prefieren la obediencia, la jerarquía, la autoridad, sobre todo aquella que se expresa “sin dudas ni murmuraciones”. Ollanta Humala viene también de esas escuelas ubicadas en Chorrillos, de esos cuarteles, se siente cómodo entre los que leen poco y guardan silencio, al estilo de Fujimori y Castañeda, pero justamente por esa razón no debemos dejarlo solo. Ollanta Humala posee una mente inquieta. Desea aprender y tiene la costumbre de escuchar. La presencia de Nadine no es suficiente. Debe tener a su alrededor a gente bien intencionada, que converse con él, que salga con él a dar una vuelta al parque o a los grandes asentamientos urbanos, que le recomiende libros y le aporte ideas de fondo. No olvidemos que Alan García habla hasta por los codos, y que algo queda. Que Keiko anda agazapada, como lo hace una tigresa. La actual jerarquía de la Iglesia sí hace política, goza de tiempo, se recupera tomando prolongadas siestas y tiene estrategias simultáneas para implementar sus propuestas y proponer su visión del mundo, del cielo y del infierno. ■